Otro modo de ser

Lucía Rivadeneyra

Afirmar que la poesía es un derecho de todos los pueblos, a simple vista parece una obviedad porque los objetos y los actos poéticos están dentro y alrededor de todos, incluso antes de nacer.

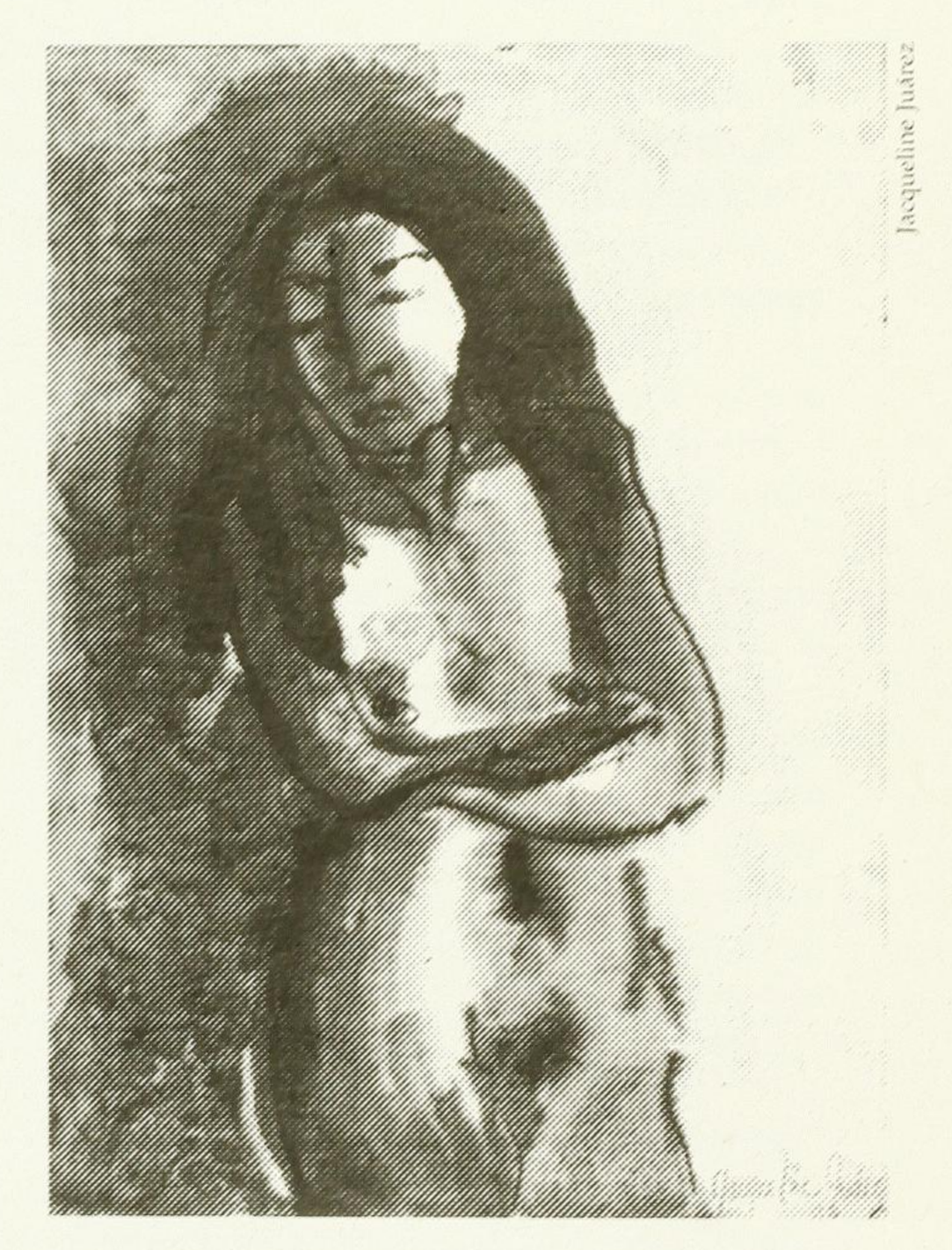
Sin embargo, por desgracia, lo cotidiano es que desde el alumbramiento nos alejan de ella. Nos hacen creer que la poesía es la ficción de algún mal poema a la patria, a la madre o al amor. Durante toda la infancia la poesía nos es ajena. A lo más nos hicieron memorizar poemas para una reunión con tías y tíos o para el final de algún año escolar.

No faltó quién nos pidiera aprender para un diez de mayo *Mamá soy Paquito*, *La chacha Micaila* o, ya en el colno, *Por qué me quité del vicio*. Además, nunca faltó alguien del "público" que en el éxtasis de lo sublime fallido acabara con lágrimas en los ojos y algún piadoso le ofreciera un pañuelo.

Por otro lado, mientras más actuada fuera la declamación mejor; entonces, maestros y maestras, abuelitos y abuelitas, padres, madres, padrinos... nos bañaban en saliva y lágrimas de felicitación.

De aquellos inenarrables días, siempre quedan rescoldos, pues todavía hay gente que cree que un malogrado conductor de televisión, de cuyo nombre no quiero acordarme, era no sólo un gran poeta sino un gran actor de su poesía. Así, y es una pena, crecemos.

El horror a la lectura viene desde la primaria y la secundaria, cuando la obligación era (¿o es?) que en alrededor de nueve meses, es decir, en un año escolar teníamos que saber –de memoria, claro– versos, datos de nacimientos y obras relevantes nada más y nada menos que de



Jacqueline Juárez

un periodo "breve": de los trece poetas del mundo azteca a Octavio Paz.

Al concluir la secundaria, una vez pasados los exámenes, sabíamos que los hombres necios acusan a la mujer sin razón o que debe estar "en medio de nosotros mi madre como un Dios" y... bueno si lo dice un poeta entonces ha de ser cierto. Pero quizá hubo alguna madre o algún padre, abuelo(a), profesor(a), amigo(a), que gracias a la magia celeste un día descubrió que las palabras y la humanidad, o lo que es lo mismo, la vida, eran la poesía y que la poesía va de la montaña al asfalto, de la arena a las manos, del suspiro a las arterias.

Que la poesía se escribe con las vísceras, con las secreciones, con adrenalina, con dolor amurallado. Que la poesía se lee con ritmo, se escucha; que es la música que acaricia la vida; que no tenía nada que ver –por supuesto– con el humor involuntario de algunos declamadores; que la poesía es ajena a fechas de nacimiento. Que primero había que sentirla, descubrirla.

Líneas arriba ya se dijo que nacemos con el derecho a la poesía, pero en la infancia, de alguna manera, ante ella estamos en estado cataléptico, entre otros, por los motivos ya mencionados. Por fortuna, y por lo general, hay un despertar en la adolescencia, gracias al amor.

Es entonces cuando recordamos que en el librero hay un tomo de literatura, en donde vienen unos poemitas que alguna vez leímos. Los buscamos a escondidas, con avidez y a veces con las mejillas llenas de color. Los repetimos y hasta los copiamos en un cuaderno especial. Esta es quizá, también, la época en que casi todos nos atrevemos a escribir algún versito de amor o desamor, para luego romperlo muertos de risa, de dolor o de vergüenza.

Pero estos momentos de locura, probablemente los de mayor lucidez, muchas veces se esfuman y caen en el olvido. La única ventaja es que alguna víscera se pudo haber movido, eso hace que las hormonas empiecen a aflorar, a desbordarse, entonces aparece la música del cuerpo, la de eros, que también es otra forma de poesía, y tratamos de apresarla, no queremos que se nos vaya. Sin embargo, los sentidos sólo son cinco y si nos dormimos aquélla se puede escurrir por la manos o por las piernas.

Pero aquí ya estamos hablando de humedades. Sólo falta haber tenido la suerte, acompañados o no, de aprehenderla y liberarnos, lo cual significa irnos del cielo al infierno; finalmente, gracias a que nacemos tenemos un pie adentro de este último. La literatura en cualquiera de sus manifestaciones nos traslada de uno a otro.

Luego de los chispazos de la adolescencia, el restro de la vida es madera en el río. La poesía nos acecha. Aquí ya no se sabe qué pueda pasar, aquí ya no hay nada escrito; lo único más o menos claro es que existe la necesidad de afianzarnos a la vida, y la poesía, a veces, también salva.

La decisión de quedarnos con ella y hacerla cómplice de nuestras vidas o de nuestras muertes dependerá del número o nivel de ansias, obsesiones, aquelarres, hielo o fuego que tengamos adentro.

¿De cuántas maneras podemos matar o dejar que nos maten? Tener sedados los sentidos ¿no es una forma de estar muertos? Estar a la intemperie o con el hambre a cuestas, ser infantes sin padres, ser país con miles de heridas abiertas ¿no nos mata despacio? Ser estudiantes de memoria y con sueños fracturados ¿nos hará más fuertes? ser adultos preñados de inercia ¿no es un suicidio cotidiano?

Ante la hecatombe de emociones creemos que la poesía es una posibilidad de movernos, una opción de tener un arma contra el olvido, que alimente el presente y dé fuerza al futuro. Es un derecho humano como la libertad. Es, hay que repetirlo, un derecho de todos los pueblos.

"En el principio era el verbo", dice el evangelio según San Juan, y Sergio Pitol afirma que no sabe "si ése haya sido el primero, pero seguramente es el más grande elogio que el lenguaje ha recibido". "El verbo se hizo carne" dice también el evangelio. El verbo, la palabra, la transformación de la palabra, la creación.

Entonces podemos afirmar sin temor a equivocarnos que desde el principio somos palabra y carne. Quizá por eso y desde siempre, ya no podemos esperar a mañana. Hoy es el momento de descubrirnos, de descubrir la poesía que hay en nosotros mismos, en la calle, en el hogar, en las ferias, en las aulas urbanas y rurales. Descubrir la poesía es, también, reconocer las carencias y enfrentar la miseria.

Una exigencia inaplazable es hacer humana la enseñanza de la literatura; desde el primer día de vida, por ser el primer día de escuela; y desde el primer día de clases por iniciar la ruleta de la vida. Utilizar los medios de comunicación, la televisión y la radio, tan ajenos tradicionalmente a ella.

Humanizar a los medios, acercar la prensa a los ciudadanos, ir más allá de la información política o deportiva, y más allá de los suplementos o secciones culturales. Llevar la poesía al metro (como ya se ha hecho), a la calle, a las paredes; llevar a los autores a las escuelas primarias, secundarias, preparatorias...

Quizá sólo así, los niños y niñas, los y las jóvenes, hombres y mujeres adultos, ancianos, seres humanos por si alguien tuviera duda, sabremos que hay, lo dijo Rosario Castellanos: "Otro modo de ser humano y libre./Otro modo de ser".